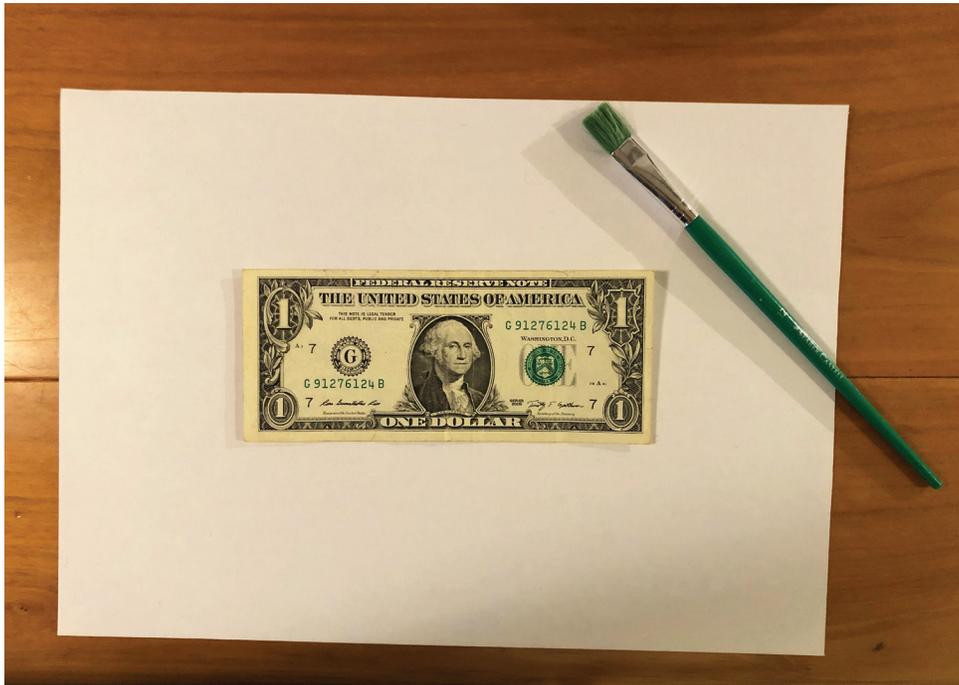


5. Dólares negros
por Carla Zaccagnini



La agencia de autos usados quedaba en la avenida Pompeia, enfrente de una estación de servicio y al lado del mecánico más elegante que jamás he visto, en una curva, justo al final de una bajada (o al inicio de una subida, si nos desplazamos en dirección al río), una de esas que a cierta velocidad hace que se despeguen las ruedas del asfalto provocando una sensación en el vientre que en Brasil se apoda “suspiro de virgen”.

Era un trecho propicio a accidentes. Por un lado, la localización en el valle hacía que se inundara con las lluvias de verano. Por otro, las sensaciones de la bajada unidas a la curva resultaron en más de un choque, alguna vez contra las rejas de la agencia y los autos estacionados en primera fila.

Pero ese día no. Era un día tranquilo en el que mi padre leía el diario o jugaba al solitario en la pantalla mientras esperaba que entrara el próximo cliente potencial. Alguien buscando un auto nuevo, vendiendo un auto viejo, deseando un cambio. Entró un señor extranjero y preguntó el precio de más de un vehículo. “¿Y ese? ¿Y aquel? ¿Y aquel otro, el plata? ¿Y ese negro?” Anotaba los precios.

Llamaba la atención el acento y su interés disperso. No parecía saber lo que estaba buscando. Se hicieron las preguntas típicas: “¿Lo quiere para el trabajo?” “¿Tiene familia?” Las respuestas eran vagas,

a veces evasivas. Un curioso, pensó. O alguien que está estudiando el mercado, un posible futuro concurrente.

Tres o cuatro semanas después volvió con su hermano –o un primo– especialmente simpático. El nuevo integrante de la familia traía un libro en francés bajo el brazo, como si a medio leer. Una novela, probablemente. Mi padre ya no recuerda título o autor, pero fue el idioma del libro lo que le ayudó a localizar el acento y dio inicio a una conversación que terminó en “somos de Costa de Marfil”.

Igualmente ecléctico en sus intereses, aunque algo más específico en sus exámenes, el pariente con el libro dirigía discretamente lo que parecía un paseo al azar. Caminaban los dos por entre los autos deteniéndose a preguntar precios y a mirarles los dientes. Mi padre los seguía con la vista, acercándose cuanto se lo permitía el pie enyesado, sin poder pasar por los pasillos más estrechos que se formaban entre los automóviles parqueados con precisión, casi como si hubieran sido puestos en su lugar desde arriba, por manos gigantes y delicadas. Eligieron cinco autos de diferentes marcas, modelos, años, colores y cilindradas.

Aparentemente las combinaciones de marcas, modelos, años, colores y cilindradas que se podrían revender en Costa de Marfil. Habían venido en viaje de negocios, dijeron. Más que nada hablaba el pariente con el libro: “Hemos estado importando automóviles usados de Alemania” –algunos detalles que mi padre no recuerda llenarían las próximas líneas– “anduvimos estudiando posibilidades, haciendo cuentas, y parece que resultaría más conveniente llevarlos desde aquí, en barco. Estamos esperando que llegue el dinero y pronto podremos cerrar el negocio. ¿Qué le parece si nos encontramos en su casa mañana y le explicamos bien cómo sería hecho el pago?”

Estaba un poco nervioso con la visita. Era algo raro que quisieran encontrarse en su casa, y que la forma de pago necesitara tantas explicaciones. Le pidió a un amigo que se le sumara, de modo que hubiera dos jugadores de cada lado, y a su novia que estuviera arriba, como una carta en la manga.

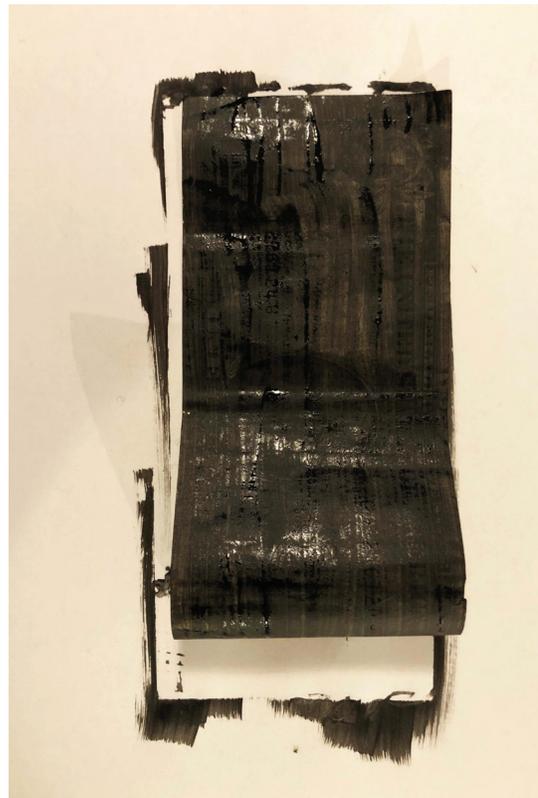
Su amigo no llegó a la hora acordada, aunque todavía podría llegar en cualquier momento. Llegaron los dos hermanos –o primos– con un portafolio al que mi padre llama 007. Hablaba el del libro, aunque esta vez no lo traía: “Lo que pasa es lo siguiente, señor Guillermo, el dinero ya está aquí, está en el barco. Y se encuentra todo así”. Le extiende un billete teñido de negro.

Le presentó cuatro o cinco billetes, todos negros. Y el pariente que nunca había traído un libro bajo el brazo le pidió un poco de agua. El dueño de la casa hizo ademán de levantarse. Su pierna enyesada hacía todo movimiento más costoso, así que apuntó hacia la cocina y dijo “si no le molesta, usted mismo puede buscar un recipiente con agua”. No le molestaba. Mi padre volvió a acomodarse en la silla. El pariente del libro, sin libro, lo miraba sonriendo.

Volvió su primo-hermano de la cocina con un plato hondo lleno de agua, sacó un frasquito del bolsillo, vertió unas gotas del líquido que contenía, transparente, en el agua que tampoco cambió de color, y dijo: "Este líquido es lo único capaz de lavar la tintura". "¿Con agua sola no sale?" "No, no, no, no, no". Fueron apareciendo los tonos de verde, los ornamentos, los retratos, los números: dos o tres billetes de 20 o de 10, y uno de 100. Limpios. Como magia.

El capitán del barco no quería entregar el dinero hasta que le pagaran su parte del trato. Mi padre no entendía, o hacía que no entendía el problema. Bastaría con lavar los dólares necesarios para pagarle al capitán, en su cabina, como lo habían demostrado ahora mismo en este comedor-living. Pero no, no podían lavar el dinero en el puerto, no, no, no, no, no. Y el capitán era intransigente: hasta que no recibiera su parte de dólares limpios, los dólares negros no bajaban del barco. También necesitaban dinero para comprar el líquido: carísimo. Mi padre no se acuerda cuánto dijo que costaba, nunca tuvo buena memoria para los números.

La idea era que mi padre les adelantara la porción del capitán, sumada al costo del líquido secreto. No sabemos los números, pero tampoco nos dirían mucho, pasados tantos años. Un porcentaje de la ganancia por la venta de cinco automóviles usados en un negocio transatlántico. Una vez calmado el capitán, ellos recuperarían la suma total con la que pagarían por los cinco autos reservados. Le dejarían a mi padre los dólares negros y la cantidad de fórmula necesaria para limpiarlos. Y regresarían a Costa de Marfil, en barco, con los cinco autos y el capitán intransigente, ahora satisfecho.



En señal de confianza le dejaron el billete de 100, para que se fijara que era auténtico. "Puede hacerlo ver", le dijo el del libro. Mi padre ya lo había visto. Conocía los dólares, hasta había fabricado un aparato que se iluminaba al detectar la tinta magnética usada en los dólares impresos por el Tesoro Nacional. Y no tenía por qué ser falso. Sería como un mago que, queriendo demostrar que no hay truco, muestra una carta marcada.

Le dijeron a mi padre que lo pensara y quedaron en volver a la tarde. Tocaron el timbre y les volvió a abrir. Venían sin la maleta. Mi padre lo notó y pensó que sería para estar libres de indicios incriminatorios en el caso de que él hubiera contactado a la policía. Se volvieron a sentar alrededor de la misma mesa. "Interesante," dice que les dijo mi padre, "pero me parece que tendrían que encontrar a alguien más crédulo, conmigo no va a funcionar".

Manteniendo la simpatía, sonrientes, se fueron. Sin saber muy bien qué decir. Se despidieron amigablemente en la puerta y mi padre se quedó con los 100 dólares. Un tiempo después leyó en el diario que había sido arrestada en São Paulo una banda de estafadores. Describía en detalles el truco de los dólares negros y traía una foto de la cuadrilla esposada. Mi padre cree haber reconocido en el retrato al primero que le visitó, el que entró a su cocina y llenó un plato hondo de agua. El pariente del libro no estaba en la foto.